

## Entrevista a Manuel Gonzalo Claros Díaz:

# Cómo traducir y redactar textos científicos en español

La Comisión de Área Temática Técnico-Científica del CTPCBA entrevistó al Doctor en Ciencias Biológicas Manuel Gonzalo Claros Díaz, traductor y redactor científico, autor de una obra de consulta indispensable para los traductores y correctores de textos científico-técnicos: *Cómo traducir y redactar textos científicos en español*.

Por la Comisión de Área Temática Técnico-Científica

**Para quienes todavía no lo conocen, ¿podría contar-nos brevemente sobre su trayectoria y su ocupación principal?**

Mi principal dedicación es por la que cobro: docente e investigador en el Departamento de Biología Molecular y Bioquímica de la UMA (Universidad de Málaga, España). Estudié Biología y me doctoré en la Universidad Autónoma de Madrid y, tras cuatro años de estancia posdoctoral en la École Normale Supérieure de París, recaí en la UMA, donde trato de paliar la falta de recursos genómicos para las especies no modelo (por ejemplo, haba, olivo, pimienta y salmón). En mi grupo de investigación, desarrollamos herramientas bioinformáticas que permitan aplicar en estas especies lo que se va conociendo en otras consideradas «modelo» (humanos, rata, arroz, maíz...). Respecto a la docencia que me toca, doy clases de biología molecular, redacción de proyectos, herramientas y algoritmos bioinformáticos, bases de datos biológicas e introducción a la bioinformática, alícuotamente repartidas en tres grados diferentes. También he colaborado mucho en másteres de traducción, tanto de la UMA como de la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), y me han pedido colaboración en el arranque del posgrado de corrección en la Universidad Rovira i Virgili (Tarragona). En mi página personal <http://about.me/mgclaros>, podéis consultar las consecuencias publicitables de todas estas actividades, incluidas las charlas sobre mis investigaciones y sobre traducción.



Cuando saqué la plaza de Profesor Titular en el año 2000, y mi implicación docente creció enormemente, me di cuenta de las carencias lingüísticas que tenían los alumnos... ¡y los profesores que les dábamos clase! Me hablaban de «óligos», «tránscritos», «nucleótidos», «esplainsin», «glicosilación», etcétera. Me propuse que, además de enseñarles el temario pertinente, intentaría aprovechar para intercalarles la forma correcta de expresarse en este ámbito. De hecho, hace poco escribí un artículo donde reflexionaba sobre este importante problema de los docentes que decimos barbaridades a los alumnos. Esta inquietud en mis albores docentes llegó a ojos (porque lo leyó en la Internet) de Fernando Navarro, quien me invitó a entrar en MedTrad en 2002 (creo recordar). Ahí fui realmente consciente de lo mal que me expresaba yo también. Pero algo debí aprender, porque acabé como Presidente de Tremédica entre 2009 y 2011, y



Sobre el entrevistado

## Manuel Gonzalo Claros Díaz



Doctor en Ciencias Biológicas, especializado en Biología Molecular, por la Universidad Autónoma de Madrid. Es autor de *Cómo traducir y redactar textos científicos en español*. Su interés por expresar correctamente la ciencia en español lo llevó al mundo de la traducción. Se dedica a la traducción y a la revisión de textos científicos, con especial dedicación a la biotecnología.

escribí un manual sobre cómo redactar y traducir textos científicos<sup>1</sup>.

En resumen, soy un científico que, en su tiempo menos ocupado, se dedica a la traducción y a la corrección, con la ¿suerte? de que su mujer vive de la traducción científica.

### **¿Es consciente del valor que su obra aporta, habida cuenta de los pocos autores referentes que existen en la materia?**

Puesto que mis investigaciones y descubrimientos no están del lado de la traducción, soy muy consciente de que mi aporte en ese campo va más por la experiencia que por las novedades y de que, al no dedicarme formalmente a la traducción, mantengo posturas que a más de uno le invitan a rasgarse las vestiduras o al menos a mesarse las barbas. Así que, lejos de dedicarme a lo novedoso, pensé que era más práctico recopilar la información que yo estaba encontrando y que no estaba junta en ningún sitio e ilustrarla con muchos ejemplos. Aun así, mi manual sí que ha acabado conteniendo unos temas novedosos que no están en ningún otro sitio: la traducción de los compuestos químicos y de las enzimas. El resto no es más que una reunión coherente de información

necesaria y ejemplificada, pero muy desconocida, para el traductor y el redactor. Por ejemplo, menciono y explico lo que hay que saber de las normas ISO (por las que hay que pagar, y mucho, con lo que poca gente las puede conocer) y las del Sistema Internacional, sobre todo resaltando las diferencias entre idiomas o entre países.

En esta tarea recopilatoria, me tropecé con muchos blogs que difundían con mucha alegría algunas ideas producto de interpretaciones poco fiables de las normas (por no decir que en algunos casos se lo sacan de la manga). En la bibliografía del libro, he dejado lo que considero fuentes fiables y contrastadas. Con el tiempo, la sorpresa es que mi libro empieza a ser fuente de información para muchos blogs y para artículos sobre traducción científica (por ejemplo, el de María del Mar Fernández Núñez en el último número de *La Linterna del Traductor*). Para mí, esto es un orgullo. También me encuentro con docentes de traducción (y hasta algunos de ciencias) que empiezan a recomendárselo a los alumnos para que traduzcan (y escriban) bien. Y no solo esto: hasta está resultando útil para los correctores (era más o menos esperable) y, más sorprendentemente, para los intérpretes. Me cuesta creer que este manual sea tan relevante, no me lo acabo de creer, a pesar de que el espíritu con el que lo escribí no era el de ganar dinero (es gratuito) ni hacer currículum (en mi área, escribir un libro es tan importante como una carta a la abuela, salvo cuando quieres ser catedrático, que conviene que encuadernes esas cartas), sino ofrecer una información necesaria, contrastada y útil a la comunidad científica y

<sup>1</sup> *Cómo traducir y redactar textos científicos en español. Reglas, ideas y consejos*, Barcelona, Fundación Dr. Antoni Esteve, 2017.

## ■ Entrevista a Manuel Gonzalo Claros Díaz

traductoril (en su más amplio espectro). Me sorprendió muy gratamente saber, desde la Fundación Dr. Antoni Esteve, que se había agotado ya la primera tirada (en solo nueve meses), y que han mandado reimprimir más ejemplares. Cada vez que doy una charla, viene gente a decirme: «A mí no me ha llegado aún tu libro, ¿es que hay algún problema?». Yo sospecho que el problema es que deben estar agobiados con la demanda.

**Nos gustaría conocer su opinión sobre la figura y el rol del redactor científico: ¿cuán instalado está este profesional en España y en Europa? Si bien lo ideal sería que el propio autor cuidara las formas y el estilo de sus obras científicas, ¿no cree que un redactor científico que interviniera luego de la redacción del original —pero antes de la traducción— sería de suma utilidad?**

Habéis pinchado en hueso, porque esta figura me es totalmente ajena. Sé más o menos lo que hacen, pero no he tenido nunca contacto profesional con ellos porque en mi campo científico nos escribimos todo, en inglés o español. Como mucho, pedimos que nos revisen el texto en inglés. A diferencia de otros campos (recuerda que soy biólogo, no médico, que trabaja entre biólogos y similares), es raro que a alguien se le ocurra plantear un artículo en español y mandarlo a traducir: lo hacemos en inglés y que nos lo corrijan; no por cuestiones económicas, sino porque es muy difícil encontrar un traductor al inglés que conozca nuestros campos de estudio (es una especialización que no le dará dinero al traductor). Tampoco tenemos ningún servicio que escriba por nosotros, y así nos salen algunos artículos «kepaké». Para hacer proyectos científicos tampoco tenemos redactores y somos nosotros los que nos los montamos. Solamente aparece un poco esta figura en los proyectos europeos, pero más como consejero para conseguir cumplir los mínimos que para facilitar la redacción. Si a esto le añadimos la cantidad de diapositivas que preparamos para las charlas y las clases, yo diría que los científicos somos también unos «hachas de la autoedición».

**En el ámbito de la ortotipografía, ¿cuáles considera que son los principales errores que cometen los traductores técnico-científicos?**

La respuesta breve sería «todo lo que viene en el tema 3 del manual». Pero vamos a darle algo de vidilla. Lo peor es que se copia lo que hace el inglés porque no conocemos, o no nos molestamos en conocer, cómo se hace en español. Es cierto que ambos idiomas coinciden muchas veces, pero otras tantas, como queda reflejado en mi libro, son diferentes. Que los ordenadores y demás dispositivos electrónicos los piensen anglosajones tampoco

ayuda: aquí radica, en buena parte, que pongamos dos puntos para separar horas y minutos, que usemos las comillas dobles en lugar de las latinas, que los puntos suspensivos aparezcan «automáticamente» separados por espacios o que nos resulte cómodo escribir el guion en lugar de la raya y el signo menos (aunque esto último es también un problema en inglés). Luego tenemos cosas tan simples como el significado de los subíndices y superíndices; qué va en cursiva y qué va en redonda en genes, proteínas y fórmulas matemáticas; dónde aparecen o no las mayúsculas; si las unidades se juntan o no a los números y las variables; y pluralizar las siglas (porque como se hace en inglés...). Sin olvidar el follón insufrible que tenemos en español con la traducción o no de las siglas. Para todo esto, y más, apporto soluciones en mi libro. Algunos errores se arreglan tan solo con la aplicación de una norma; otros son cuestión de estilo, para los que no caben más que consejos, que se pueden seguir o no, según lo que diga el cliente (porque pocos traductores consiguen imponer su criterio). Además, puedo agregar la escritura del nombre de la letra griega en lugar de la letra; esto además se agrava porque suele escribirse el nombre de la letra en inglés y no en español, como *mu* en lugar de *mi*, *chi* en lugar de *ji*, etcétera.

**En su opinión, ¿quién se desempeña mejor en la traducción de un texto científico? ¿Un especialista en la materia que no tiene formación lingüística, pero sí conocimiento del idioma, o un traductor especializado en traducción científica?**

¿Por qué no me preguntas a quién quiero más, si a mi padre o a mi madre? ¿Qué me gusta más, un original o la traducción? Todas son dicotomías falaces. Ambos, traductor y científico, traducirán mal un texto especializado al principio de su vida profesional y acabarán por hacerlo bien con el tiempo. Lo importante es tener ganas de aprender para hacerlo bien. Unos tendrán que aprender lengua, y los otros, ciencia; el resultado será lo que los biólogos llamamos «evolución convergente». La formación que reciben los filólogos del inglés les permite conocer la cultura del idioma original y transmitir matices del lenguaje que se nos escapan a otros, pero traducir un texto científico se les tiene que hacer muy cuesta arriba. En cambio, un científico entenderá un texto especializado en el que lo importante no es conocer el inglés, sino entender de lo que está hablando. El traductor debería estar entre ambos, pero dada la filiación de Filosofía y Letras que tiene la carrera, está claramente más cerca de la filología que de la ciencia.

Por eso, y sin pretender contradecirme con respecto a lo que digo más arriba, creo que es más fácil que el científico adquiriera las destrezas necesarias para traducir



bien un texto científico a que un traductor aprenda suficiente ciencia para traducir bien un texto científico especializado. No me estoy refiriendo a problemas de terminología (que seguro que el traductor resolvería incluso mejor que el científico), sino a los problemas conceptuales que ayudan a saber, cuando te encadenan cinco sustantivos, quién va con quién y qué preposición es la correcta para conectarlos (lo que es absolutamente dependiente del significado científico, no del inglés). Luego tenemos la traducción audiovisual, donde, además de los problemas técnicos intrínsecos, el traductor tiene que acabar sabiendo ciencia, leyes, jerga policial, medicina, astronomía, o lo que sea, para traducir un capítulo en un tiempo mínimo. El especialista aquí haría aguas por todas partes, y seguro que no es rentable para el cliente, aunque sería lo deseable, contar con un especialista de cada área.

**Respecto de la traducción automática y la gran cantidad de herramientas informáticas con las que contamos en la actualidad, ¿cuál cree que es su valor para el trabajo del traductor científico? ¿Considera que es posible que un programa de traducción automática logre un resultado de mejor calidad que un traductor humano en un texto de índole científica?**

La traducción automática, al basarse en aprendizaje computacional, acabará produciendo textos muy buenos, sobre todo cuando el original esté bien escrito. Pero recordemos que los científicos no somos escritores y redactamos «de aquella manera», que no siempre va a interpretar correctamente un ordenador. El ordenador tampoco tiene fácil la resolución de los juegos de palabras y los chistes (que no son muy frecuentes en los textos científicos). Las sinonimias y las homonimias representan un problema para el humano, que puede solucionarse con los corpus. Pero, cuando el corpus tampoco ayuda, encontramos la diferencia entre los buenos y los malos programas de traducción, porque malamente le vamos a enseñar a un ordenador a hacer bien algo que nosotros no sabemos hacer. Además, la ciencia es una fuente de neologismos impresionante, por lo que siempre hará falta un humano que acabe mejorando el texto. Eso sí, cada vez tendrá que intervenir menos.

Yo plantearía la reflexión desde otro punto de vista: ¿es realmente una tarea humana gratificante algo que pueden hacer las máquinas? Tenemos muchísimas tareas que las máquinas desempeñan mejor que nosotros y lo tenemos perfectamente asumido. ¿A que es más cómodo consultar el diccionario de Fernando Navarro en Cosnautas que tener que pasar páginas y páginas hasta ver que ese término que buscábamos no está o no está donde nosotros lo hubiéramos puesto? ¿Se habría

planteado Navarro elaborar su diccionario si no tuviera los programas informáticos que le ayudan? ¿Tendríamos que dejar de usar «El Colorao»<sup>2</sup> porque ya no hace falta un linotipista para imprimirlo? Otro ejemplo mucho más preocupante: los detectores de mentiras no aciertan al ciento por ciento, pero es mucho más difícil engañarlos que a un juez. Entonces, ¿por qué preferimos que se equivoque un juez a que lo haga una máquina, si, cuando nos juzgue la máquina, es más probable que su decisión sea más justa? No pretendo con esto asustar a nadie, sino dejar claro que tenemos que adaptarnos y evolucionar. Seguirán desapareciendo oficios y aparecerán otros nuevos que ni imaginamos. Lleva siglos ocurriendo. La traducción, de la mano de los ordenadores, va a cambiar, seguro; emitir el juicio de que cambiará a mejor o a peor es solo cuestión de tu ideología (o sea, de cómo tienes formadas tus conexiones sinápticas y de si tu ombligo es más importante que el de tu vecino).

**¿Qué autoridades o fuentes de consulta toma como referencia en su trabajo cotidiano?**

Las de mi trabajo cotidiano casi que no te las nombro, para no asustar. Con respecto a las que tienen que ver con traducción, redacción y corrección, lo principal está en los libros de José Martínez de Sousa y Javier Bezos, en las normas ISO (algunas las tienes en la Wikipedia), en la traducción al español del Sistema Internacional realizada en el Centro Español de Metrología (ojo, cada país tiene su propia traducción con pequeñas pero importantes diferencias) y en muchos libros de estilo, entre los que destacaría, por ser complementarios, el *Manual de estilo para la redacción de textos científicos y profesionales*, de Arderiu y colaboradores; el *Libro de estilo de la Red Eléctrica de España*, de Gómez Font y colaboradores; y el *Libro de estilo interinstitucional*, de la Unión Europea. También me resultan muy útiles la *Ortografía* de la Real Academia Española, muchos artículos aparecidos en la revista *Panace@* y, cómo no, «El Colorao», de Fernando Navarro.

**¿Qué tan necesarios son los traductores dentro del ámbito de la bioquímica y la biología molecular? ¿Es una rama de la traducción científica en la que recomendaría especializarse?**

En otra pregunta anterior, ya he dicho que no es un campo de especialización que dé de comer, pero eso no quita que el traductor científico no tenga que saber

<sup>2</sup> Libro rojo: *Diccionario de dudas y dificultades de traducción del inglés médico*, de Fernando Navarro.

## Entrevista a Manuel Gonzalo Claros Díaz



bioquímica y biología molecular, porque en este campo se fundamenta el funcionamiento de los seres vivos. Son necesarias para la fisiología y, sobre todo, para la oncología, e igualmente para las enfermedades metabólicas y las enfermedades raras. Son muchos los traductores que me han contactado para que les revise una traducción en la que se describen los aspectos moleculares de las enfermedades. Su petición no es que les corrija la traducción, sino que compruebe que no han escrito tonterías, o que, cuando lo lea un científico, no note que está traducido por un advenedizo. Otra consecuencia de su importancia, y de la falta de traducciones en condiciones, es que la terminología en español de este campo resulta deprimente. Los manuales de mediados del siglo xx estaban mejor traducidos que los actuales, hasta tal punto que más de una vez tengo que recomendar a mis alumnos el original en inglés porque la traducción, más que ayudar, confunde. Y eso que en algún caso he comprobado que el traductor ha consultado el vocabulario que publicamos en su día un servidor, Verónica Saladrigas y Diego González-Halpen en la revista *Panace@*. Como ya he dicho antes, el problema no está en la terminología (que se puede solucionar), sino en traducir algo que no se entiende como algo incomprensible. Estoy harto de poner de ejemplo frases en las que cualquiera entiende todas y cada una de las palabras, pero no sabe qué dicen en conjunto.

### ¿Cómo ve el mercado de la traducción en general? ¿Qué otras salidas laborales podría tener un traductor especializado en textos científicos?

Como en tantos mercados, la crisis que empezó en 2009, apoyada por la peor cara de la globalización, ha hecho caer las tarifas de una manera escandalosa. Eso es muy triste porque se paga poco, se da poco tiempo para hacer el trabajo y, encima, se pide que sea impecable. Imposible, y se nota. Por si fuera poco, los correctores brillan por su ausencia en muchas agencias y editoriales, y los revisores suelen saber menos que el traductor, con lo que empeoran el texto. En este entorno, casi diría que la traducción automática, revisada por humanos, podría ser un mal menor para evitar las traducciones infames. Pero claro, si el corpus con el que se alimenta al programa ya es infame, las propuestas que hará el ordenador serán infumables. Yo tengo unos pocos sitios que utilizo como fuente de errores garrafales con los que ilustrar a los alumnos lo que no deben hacer si quieren conservar un trabajo como traductores. Con esto no quiero desanimar, porque seguimos contando con muchísimos profesionales que hacen un trabajo excepcional y pagado de forma razonable (o incluso bien) porque todavía

quedan clientes que priman la calidad del resultado por encima del balance de cuentas.

El caso es que un traductor no puede ser un todoterreno una vez que empieza a vivir de ello. Hay que procurar especializarse, bien en la científica, bien en la literaria, o bien en la jurídica, por solo mencionar algunas. Eso te permite seguir aprendiendo de esa especialidad y traducir cada vez mejor (seas científico o traductor). Aquí es muy válido aquello de que «el que mucho abarca poco aprieta». Además, también tenemos que concienciarnos de que no se debe pedir al cliente la misma tarifa por un texto general que por uno especializado.

### ¿Qué consejos podría brindarles a los traductores noveles que desean especializarse en alguna rama de la traducción técnica o científica?

Que empiecen buscándose a alguien que les revise los textos (aunque ganen menos porque algo tendrán que pagar por la revisión), que de los errores es de lo que más se aprende. Luego, que vean cada texto que traducen como una fuente de conocimiento del que aprender y, cómo no, que sigan formándose en ese campo de especialización. De esto último, me consta que son conscientes, pero el matiz que yo le añadiría es que, al principio, los cursos para «traducir ciencia» les podrían ayudar, pero rápidamente se van a dar cuenta de que donde tienen que acudir realmente es a los cursos que «enseñan ciencia». Y si enseñan ciencia poniendo especial atención a los problemas de terminología, el curso se llena, seguro. Por desgracia, este tipo de cursos son casi inexistentes (y mi explicación del porqué no puedo dejarla por escrito). Un último detalle es que intenten empezar a especializarse en lo que creen que les gusta, pero lo más probable es que las necesidades laborales los acaben llevando a otros campos igualmente interesantes. No hay que preocuparse, porque lo importante es hacerlo bien, aprender trabajando y disfrutar haciéndolo.

**Como lectores de una obra tal como cualquier manual de estilo, que dista mucho de ser entretenida, agradecemos la espontaneidad y el sentido del humor que matizan los capítulos de *Cómo traducir y redactar textos científicos en español*, publicado por la Fundación Dr. Antoni Esteve. Esta particularidad hace que la lectura sea llevadera y acerca mucho más el autor al lector. Además, el manual no se limita a una mera recopilación de términos o expresiones correctos versus los incorrectos, sino que brinda las explicaciones del caso para cada uno, con lo cual se convierte en una rica fuente de saber. ■**